



“Exploraciones a lo largo de las costas californianas  
dispuestas por los virreyes (1539-1595)”

p. 57-78

Miguel León-Portilla

*Cartografía y crónicas de la Antigua California*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

210 + X p.

Figuras

ISBN 968-36-8969-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia\\_cronicas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/249/cartografia_cronicas.html)

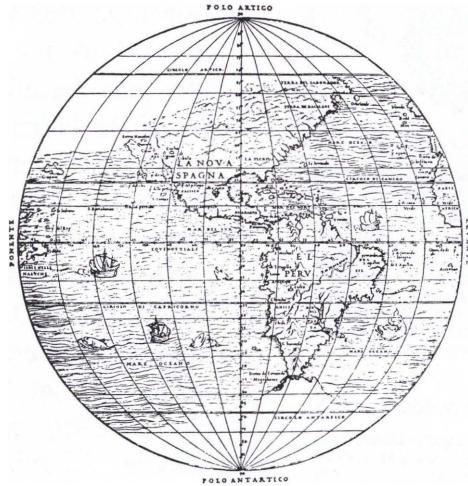
D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## III

# EXPLORACIONES A LO LARGO DE LAS COSTAS CALIFORNIANAS DISPUESTAS POR LOS VIRREYES (1539-1595)





El nombramiento de don Antonio de Mendoza como primer virrey en el Nuevo Mundo —específicamente de la Nueva España— y su llegada a Veracruz y luego a la ciudad de México, el 14 de noviembre de 1535, ocurrieron en momentos bastante significativos. Los personajes que con razón podían considerarse como claves en la vida del reino seguían actuando por cuenta propia en empresas que consideraban suyas y a las que concedían la máxima importancia. Por una parte, los miembros de la segunda audiencia, entre ellos don Vasco de Quiroga, presididos por el prudente varón don Sebastián Ramírez de Fuenleal, habían puesto todo su empeño en pacificar y reorganizar al país. Por otra, quien tantos problemas había causado estando antes al frente de la primera audiencia, Nuño Beltrán de Guzmán, se había alejado de la región central y había llevado a cabo una violenta campaña contra los indios en territorio de la que se conocería como Nueva Galicia. Al llegar Mendoza, fungía como gobernador, con sede en Compostela, en el actual Nayarit. Muestra de su desmesurada ambición era el hecho de querer bautizar a los territorios recién sujetos

por él con el pomposo nombre de “Conquista de la Mayor España”.

A su vez el hombre al que Nuño más envidiaba, Hernán Cortés, se hallaba ocupado, según vimos, en la expedición que personalmente comandó en esa “isla” o tierra de Santa Cruz. Había realizado esa y otras expediciones, sintiéndose con pleno derecho a ello, tanto por ser capitán general de la Nueva España como por las capitulaciones que había celebrado para explorar en la mar del Sur.

#### *El retorno de Cabeza de Vaca y el nuevo gran señuelo para explorar el norte*

Pocos meses después de instalado Mendoza en México, llegaron noticias, en mayo de 1536, del portentoso regreso de unos supervivientes de la fallida expedición que en 1528 había emprendido Pánfilo de Narváez a la Florida. Perdidos casi todos los participantes, muertos unos en enfrentamientos con los indios y ahogados otros en el mar, tan sólo cuatro de los que habían escapado en frágiles canoas, lograron desembarcar cerca probablemente de la isla y bahía de Gal-

Taiftozia



sus buepas. Son aquellos buepas del tamaño, y color, quente y otros. No de tan grandes cuernos. Tienen una gran giba sobre la cruz, y más pelo de medio adelante, q. de medio atrás. y es lana. Tienen como dines sobre el espinazo, y mucho pelo, y muy largo de las rodillas abaró. Cuelgan les por la frente grandes gudecias. y parece que tienen barbas. segun los muchos pelos del garguero, y varillas. Tienen la cola muy larga los machos, y con un hueco grande al cabo. Zifí que algo tienen de leó, y algo de camello. Eten con los cuernos, corren, alcanzan, y matan un cauallo quando ellos se embrauen, y enojan. Finalmente es animal fiero de rostro, y cuerpo. Buén de los cauallos por su mala catadura, o por nunca los aver visto. No tiene sus buepas otra riqueza, ni bayenda. Dellos comen bien, y tienen, alcanzan, y hazen muchas cosas. De los cueros, cafas, calçado, vestido y otras. De los buafios, paños. De los nerutos, y pelos, hilo. De los cuernos, buches, y berrigas, y otros. De las boñigas, lúbie, y otras semillas, odres, en que traen y tienen agua. Hazen en fin tantas cosas

de los quantas an menester, o quántas les bastan para su vivienda. Eten también otros animales tan grandes como cauallos, q. por tener cuernos, y una fina, los llaman carneros. Y dizen que cada cuerno pesa dos arrobas. Eten también grádes perros que lidian con un tozo. Y que lleuan dos arrobas de carga sobre saldas, quando van a caza, o quando se mudan con el ganado, y bato.

#### Del pan de los Indios.



El comun mantenimíento de todos los ombres del mundo es pan, y no es comun por ser mejor mantenimíento, sino por ser más fácil de aver, y guardar. Aunque otros tienen opinión contraria, viendo que con pan, y agua, pasan los ombres. Y es cierto que también pasarían con sola carne, si lo acostumbrasen. De los cosas y frutas, que nuestro estomago, y naturaleza, con muy poco se contenta, si lo abezamos, y comido por necesidad, y no por gula, qualquiera

**Figura 26.** Muestra de “las vacas corcovadas” de Cíbola (un búfalo). Dibujo en la *Historia de las Indias de Francisco López de Gómara*, Zaragoza, 1552.

veston, en Texas. Los cuatro que así se salvaron, tras innumerables adversidades y aventuras a lo largo de ocho años, habían podido al fin regresar a tierras ya sometidas a la corona española.

Eran éstos Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tesorero de la armada de Narváez y cronista, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes y un negro o mulato conocido como Esteban o Estebanico. Tras breve estancia en un pueblo de Sonora, al que nombraron “Los Corazones”, porque allí los indios les habían regalado con tales vísceras de venados, se toparon con cuatro españoles cerca del río Petatlán. De allí pasaron a la villa de San Miguel de Culiacán. Y llegaron, finalmente, a la ciudad de México. Sus noticias movieron al virrey Mendoza a enviar exploraciones a esas tierras de las que tantas maravillas se decían. Contrastaban tales novedades con lo que el virrey sabía sobre las expediciones dispuestas por Cortés, en particular la última, de la que acababa de regresar. De hecho el propio Mendoza había ordenado a Cortés pusiera término a ese su

intento e incluso hizo luego cuanto pudo para impedirle nuevos viajes de exploración. Ello no obstante, don Hernando, ya en abierta competencia con Mendoza, habría de enviar, según vimos, a Francisco de Ulloa. Gracias a quien fue entonces como piloto, Domingo del Castillo, que se pasó pronto al servicio del virrey, lograría éste disponer con más facilidad un nuevo viaje a las órdenes de Hernando de Alarcón.

Por ese tiempo ocurrió la remoción de Nuño de Guzmán de la gubernatura de la Nueva Galicia. Enviado Nuño en calidad de prisionero a España, nombró Mendoza para sustituirlo a Diego de la Torre. Muerto éste bien pronto en un combate con los indios, quedó allí al frente Cristóbal de Oñate, el padre de quien más tarde conquistó Nuevo México. El mismo virrey Mendoza determinó valerse de Francisco Vázquez de Coronado para poner en práctica sus propósitos de consolidar y ampliar la presencia española en el norte. La primera actuación de Coronado fue someter una rebelión indígena en las cercanías de Culiacán. Debía él además enviar una primera forma de avanzada de exploración. En ella participaron el negro Estebanico —compañero de Cabeza de Vaca que había regresado a España— y dos franciscanos, el célebre Marcos de Niza y otro de nombre fray Honorato, además de un grupo de indígenas, a modo de acompañantes y servidores.<sup>1</sup>

La expedición de éstos partió de San Miguel de Culiacán el 7 de marzo de 1539, en fecha muy cercana a la salida de Francisco de Ulloa, enviado por Cortés. Mucho es lo que se ha escrito sobre el recorrido de fray Marcos y sus acompañantes. Aquí me limito a señalar algunos puntos de particular interés. Entre otras cosas, dio Mendoza pormenorizadas instrucciones al franciscano. Incluían éstas inquirir acerca de la posible existencia del deseado paso o estrecho del norte que permitiera cruzar por allí de un océano al otro, es decir, el viejo anhelo de hallar la más corta ruta hacia las Indias por el occidente.

En su viaje fray Marcos tuvo noticias de varias “ciudades”, específicamente de siete, extremadamente ricas en oro. Se tornaba así presente —como en el caso de Cortés con

<sup>1</sup> “Relación de fray Marcos de Niza”, CODOIN, t. III, p. 329-350.

Cihuatán y la isla poblada de mujeres— otra antigua leyenda medieval. Hablaba ésta de “siete ciudades”, fundadas por un obispo de Oporto y otros compañeros suyos que, huyendo de la invasión de los árabes, se habían embarcado en el mar océano hasta establecerse en islas o tierras muy lejanas por el rumbo de occidente.<sup>2</sup> A su vez los indígenas de la región central de México mantenían la tradición de *Chicomóztoc*, el lugar de las “siete cuevas”, de donde originalmente habían venido.

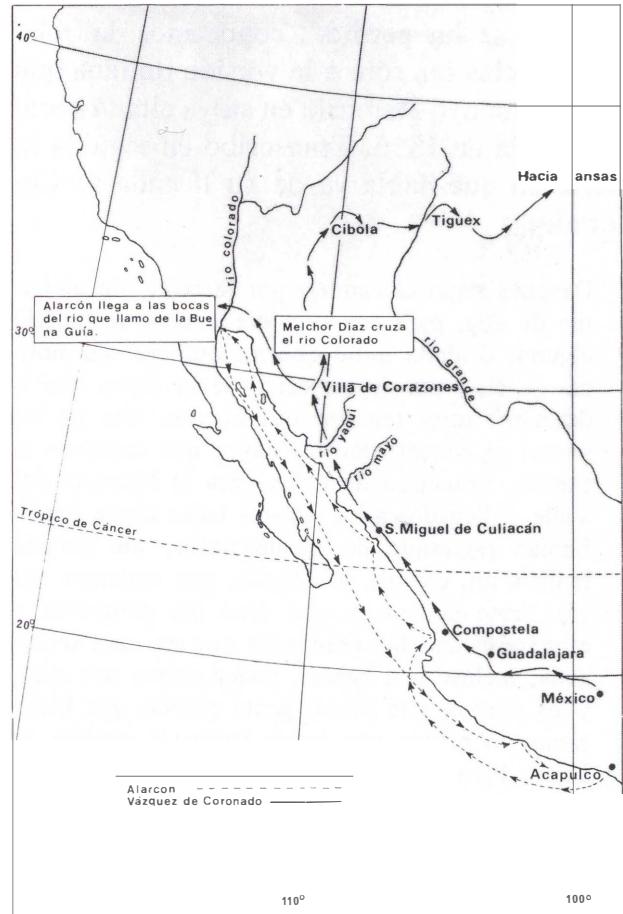
Esas “grandes ciudades” no eran sino algunos de los asentamientos de los conocidos más tarde como “indios pueblos”, precisamente por habitar en núcleos compactos de edificaciones, muchas de ellas de dos pisos. Fray Marcos contempló a distancia una de esas “ciudades”, Cibola, y quedó maravillado. De otras ciudades, hasta completar el número de siete, dijo más tarde haber tenido asimismo noticia, entre ellas algunas cuyos nombres al menos quedarían registrados en la cartografía que en las siguientes décadas se produjo: Quivira, Totóntec, Tiguex y Tusayán.

De regreso en México, fray Marcos dio a conocer al virrey Mendoza, el 2 de septiembre de 1539, su informe o relación acerca de cuantas maravillas sostenía haber contemplado. Estuvo presente en esa ocasión Vázquez de Coronado, el escogido por Mendoza para salir muy pronto con rumbo al norte en pos de las siete ciudades. El propósito incluía llegar asimismo hasta el gran río recién descubierto por Ulloa, el enviado de Cortés, al igual que pasar a la isla o península rica en perlas, visitada antes personalmente por don Hernando.

#### *La expedición por mar y tierra*

En febrero del año siguiente, 1540, marchó el virrey a Compostela, la capital de la Nueva Galicia, para inspeccionar él mismo a las fuerzas de Coronado que se aprestaban a marchar hacia el norte. Éste salió a principios de marzo de 1540, al frente de 150 hombres de a caballo, 200 infantes, cerca de 800 indios, bien abastecido de cuanto

<sup>2</sup> Sobre las “siete ciudades” supuestamente fundadas por el obispo de Oporto, véase: E. Saavedra, “Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas”, *El continente americano*, Madrid, 1891, t. I, p. 20-21.



**Figura 27.** Las expediciones enviadas por el virrey Mendoza, por tierra, de Francisco Vázquez de Coronado y Hernando de Alarcón por mar.

se requería, incluyendo bestias de carga y ganado.

Poco después, el 9 de mayo, se hacían a la vela en Acapulco dos navíos, el *San Pedro*, y el *Santa Catalina*, al que más tarde se sumó otro, el *San Gabriel*. Iba como capitán de esta armada Hernando de Alarcón. Mendoza lo había instruido en el sentido de que fuera costeanado para auxiliar a Coronado en cuanto le fuese necesario y para ampliar el conocimiento respecto de lo un año antes descubierto por Ulloa.<sup>3</sup>

#### *La expedición de Hernando de Alarcón*

Se conserva la relación debida al propio Alarcón que describe su travesía a lo largo del mar Bermejo o golfo de California hasta llegar a las bocas del Colorado y subir luego, río arriba, hasta cerca de su confluencia con el Gila. Dado que el texto original en

<sup>3</sup> “Relación de Hernando de Alarcón”, incluida en Giovanni Battista Ramusio, *Delle navigationi e viaggi*, 3 v., terzo volume, Venetia, Nella Stamperia de Giunti, 1556, p. 363 r. - 370 v.

español se ha perdido, conocemos la relación gracias tan sólo a la versión italiana que de ella incluyó Ramusio en su ya citada obra, publicada en 1556. Transcribo en seguida la parte en que habla ya de su llegada al Colorado:

Después seguí el camino por la costa sin alejarme de ella, para ver si podía encontrar indicio alguno, o algún indio que me pudiera dar noticia de él, y por ir tan cerca de la tierra vine a descubrir otros puertos muy buenos, que no los vieron ni encontraron las naves que conducía el capitán Francisco de Ulloa para el Marqués del Valle, y llegados a los lugares bajos desde donde habían regresado las dichas naves, me pareció tanto a mí, como a los demás, que teníamos tierra firme delante, y que eran tan peligrosas y espantosas aquellas ensenadas que era cosa arriesgada, incluso con barcas, poder entrar por ellas, y los pilotos, y la demás gente querían que hiciéramos lo mismo que había hecho el capitán de Ulloa. Pero por haberme Vuestra Señoría encomendado que yo le hubiera de informar del secreto de aquel golfo, determiné, aunque hubiera sabido que perdía las naves, por cosa alguna no dejar de ver el cabo, y por ello mandé a Nicolás Zamorano, piloto mayor, y a Domingo del Castillo que tomaran una barcada cada uno, y el escandallo [sonda] en mano, y entraran por aquellas ensenadas para ver de encontrar el canal por donde pudieran entrar las naves . . .

Y plugo a Dios que de este modo llegáramos a dar con el extremo del seno, en donde encontramos un río muy poderoso [el Colorado] que llevaba corriente de tanta fuerza que apenas podíamos navegar por él. De este modo determiné ir lo mejor que se pudiera por el dicho río, y con dos barcas, dejando la otra con las naves y con veinte compañeros, y yo en una de ellas con Rodrigo Maldonado, tesorero de esa armada, y Gaspar de Castilleja, contador, y con algunas piezas de artillería pequeñas comencé a subir el río . . .

De este modo navegamos hasta el martes por la tarde, yendo como solíamos, haciendo hablar a mi intérprete a la gente para ver si acaso alguno le entendía. Oí que uno le contestó, por lo cual hice detener las barcas, y llamé a aquel que entendía, imponiendo a mi intérprete que no debía hablar ni responder más sino lo que yo le dijera, y vi estando así, que aquel indio comenzó a hablar a aquella gente con gran furia, por lo cual todos se comenzaron a juntar, y el intérprete mío entendió que aquel que venía en la barca les decía que quería saber qué gente éramos, y de dónde veníamos, y si habíamos salido de debajo del agua, o de la tierra, o caído del cielo . . .

A aquél que me preguntó quiénes éramos, respondí que nosotros éramos cristianos, y que veníamos de lejos para verlos, y respondiendo a la interrogación de quién me enviaba, dije que

era enviado por el Sol, mostrándoles por señas, como antes, para que no me cogieran en mentira. Me comenzó él a decir de nuevo que cómo me había enviado el Sol, yendo él por lo alto y nunca deteniéndose, y habiendo pasado muchos años en que ni él, ni los viejos, habían visto otros tales como nosotros, de los cuales jamás habían tenido noticia alguna, ni el Sol hasta aquel momento había enviado nunca a ningún otro. Yo le respondí que era verdad que el Sol comenzaba así en lo alto, y que jamás se detenía, pero que ellos podían ver que, al acostarse y al levantarse por la mañana, venía a acercarse a la tierra, en donde estaba su morada, y que siempre lo veían acercarse a la tierra, en donde estaba su morada, y que siempre lo veían salir de un mismo lugar, y que me había creado en aquella tierra y lugar de donde él salía, en aquel modo en que había además creado a muchos otros que él enviaba a otras partes, y que entonces me había mandado a mí a visitar y a ver aquel río, y la gente que allí cerca habitaba, para que yo les hablara, y los uniera en amistad conmigo . . .

Después de estas cosas, siguiendo el camino, comencé otra vez a preguntarle de las cosas de Cíbola, y si sabían que aquellos de aquel país hubieran visto alguna vez gente semejante a nosotros; me respondió que no, excepto un negro que llevaba en los pies y en los brazos unas cosas que sonaban. Vuestra Señoría debe tener en memoria cómo este negro [Estebanico] que fue con fray Marcos que llevaba los cascabeles, y las plumas en los brazos y piernas, y que llevaba platos de diversos colores, y que hacía poco más de un año que había llegado a parar aquí. Le pregunté la razón, por la cual fue muerto, y él me respondió que el señor de Cíbola le había preguntado si tenía otros hermanos; le contestó que tenía infinitos, y que tenían muchas armas con ellos, y no estaban muy lejos de allá. Lo cual oído, se pusieron en consejo muchos señores y concertaron matarlo, a fin de que no hubiera de dar nueva a aquellos hermanos suyos, de dónde ellos estaban, y que por esta razón lo mataron, e hicieron de él muchos pedazos, los cuales fueron divididos entre todos aquellos señores, a fin de que supieran de cierto que había muerto, y que asimismo tenía un perro como el mío, el cual hizo también matar de allí a muchos días. Lo interrogué si aquellos de Cíbola tenían enemigos, y me dijeron que sí, y me contó de catorce o quince señores, que tenían guerra con ellos . . .

Así, caminando, llegué a la casa del viejo que venía conmigo y allí hice poner una Cruz muy alta, y en ella hice poner letras de cómo yo había llegado allá, y esto hice porque, si por azar, hubiera llegado a parar allí gente alguna del general [Vázquez de Coronado], pudiera tener noticia de mí. Visto luego igualmente que no podía venir a conocimiento de lo que yo deseaba saber, determiné volverme a las naves . . .<sup>4</sup>

<sup>4</sup> *Ibid.*, 363 v. - 365 r.

### *El avance de Coronado y la expedición a cargo de Melchor Díaz*

Más de un año consumieron Coronado y sus hombres en la larga marcha que habían emprendido. Con ellos iban varios frailes, entre ellos el alucinado Marcos de Niza. El capitán Melchor Díaz, antiguo alcalde de la villa de San Miguel de Culiacán, había sido despachado como avanzada. Lo que Díaz había contemplado más al norte eran tierras en su mayor parte semidesiertas. No obstante, Coronado prosiguió su viaje y llegó a la aldea que Cabeza de Vaca había nombrado “Los Corazones”. De allí continuaron con rumbo a Cíbola, población que en nada se asemejaba a lo dicho por fray Marcos. Según el testimonio del cronista de la expedición, Pedro Castañeda de Nájera:

... y como vieron el primer pueblo que fue Cíbola, fueron tantas las maldiciones que algunos echaron a fray Marcos cuales Dios no permita le comprendan. Él [Cíbola] es un pueblo pequeño, ariscado y apretujado que, de lejos, hay estancias [ranchos] en la Nueva España que tienen mejor apariencia...<sup>5</sup>

Hallándose en Cíbola, ordenó Coronado a Melchor Díaz regresara a la aldea de Los Corazones para que, desde allí, se dirigiera al occidente en busca del río que un año antes había descubierto Francisco de Ulloa. Pensaba Coronado que por ese rumbo podía establecerse contacto con la armada a las órdenes de Hernando de Alarcón. En tanto que Díaz inició su regreso, obedeciendo a Coronado, éste continuó su marcha en pos de las siete ciudades. En realidad entró en comunicación con diversos grupos indígenas (parcialidades de los llamados “indios pueblos”), en sitios como Acoma y Tiguex (en Nuevo México) y más adelante, atravesando el norte de Texas, hasta llegar a Quivira en territorio de lo que es actualmente Kansas.

Por su parte, Melchor Díaz cumplía mientras con su encargo. Regresando de Cíbola,

<sup>5</sup> Pedro Castañeda de Nájera, “Relación de la jornada de Cíbola”, publicada por vez primera por George P. Winship, *14th Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, Smithsonian Institution, 1896, part I, p. 414-469. Véase también: Miguel León-Portilla, “El primer testimonio sobre el valle de Mexicali, la crónica de Pedro Castañeda de Nájera, escrita hacia 1560” en *Revista Calafia*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1973, v. II, núm. 3, p. 49-53.

llegó al valle de Los Corazones. De allí, a fines de septiembre de 1540 —en compañía de veinticinco soldados españoles y un grupo de indios aliados— salió hacia el noroeste en busca del mar y de la armada de Alarcón. Este último efectivamente, tras de alcanzar la boca del Colorado, había penetrado, el 26 de agosto, por el río, valiéndose de unas canoas. La intención de Alarcón era —como ya dijimos— establecer también contacto con la gente de Coronado. Hizo para ello un segundo intento, asimismo fallido, en el mes de septiembre, muy poco antes de que Melchor Díaz iniciara su marcha desde Corazones, precisamente hacia donde se hallaba Alarcón.

Melchor Díaz, después de una nada fácil marcha de más de seiscientos kilómetros, atravesando montañas y desiertos, llegó a las riberas del Colorado, bautizado por él como “río del Tizón”, porque había allí indios que los llevaban consigo. Tal cosa ocurrió a mediados de octubre, o sea un mes después de que Alarcón había emprendido su retorno hacia el rumbo de Colima, desde donde esperaba rendir informes al virrey Mendoza.

La *Relación* de Pedro Castañeda recoge las noticias obtenidas por éste, de labios de los acompañantes de Melchor Díaz, acerca de cuanto entonces sucedió. Con abundancia de detalles de carácter etnográfico, describe las costumbres de los yumanos del Colorado, las peripecias del cruce del río, el hallazgo del mensaje dejado bajo un árbol por Hernando de Alarcón y, por fin, la exploración en lo que hoy es parte del valle de Mexicali. Dato de gran interés es el recuerdo de lo que allí les había salido al paso, despertando a la vez temor y admiración: los “médanos de ceniza ferviente que parecía cosa infernal”, al acercarse precisamente a la zona geotérmica de Cerro Prieto.<sup>6</sup>

Un accidente sufrido por Melchor Díaz, el nuevo cruce del río, ya de regreso, y la muerte del valiente capitán acaecida probablemente cerca de Sonoita, en Sonora, el 8 de enero de 1541, son el tema de la parte final de este relato sobre el primer paso por tierra a lo que hoy es Baja California. Y conviene añadir que el cronista, que rescató del olvido todos estos hechos, consignó también sin titubeos el veredicto de los acompañantes de

<sup>6</sup> Pedro Castañeda de Nájera, *op. cit.*, p. 438.

Melchor Díaz que “dieron relación cómo la California no era isla sino punto de tierra firme, de la vuelta de aquel ancón”, o sea la entrada donde termina el mar de Cortés.<sup>7</sup>

*Cartografía europea en que se toma en cuenta la expedición de Alarcón*

Los testimonios derivados de la expedición de Alarcón, como los del viaje de Francisco de Ulloa, también llegaron a conocerse de una forma o de otra en el Viejo Mundo. En algunos casos resulta difícil precisar si, quienes en Europa por entonces preparaban nuevos mapas de todo el orbe o de América, se valieron únicamente de las noticias derivadas del viaje de Hernando de Alarcón o aprovecharon sobre todo las del ya referido de Ulloa. Fundamentalmente, es la toponimia que se registra en esa nueva cartografía el indicador que ha de tomarse en cuenta para relacionar los mapas con una u otra de las mencionadas expediciones y, en algunos casos, con ambas.

El mapa, incluido ya en el capítulo anterior, debido al piloto Domingo del Castillo, es en sí mismo una muestra de cómo pudieron aunarse noticias de los dos viajes. Se sabe de hecho que el propio Castillo participó en ambos. Si bien toda la toponimia que se registra en las costas occidentales de la península, es decir las que miran al Pacífico, proviene de la expedición de Ulloa, puesto que Alarcón no exploró el océano, en cambio algunos de los nombres a lo largo del interior del golfo, en el ancón y en la desembocadura del río, se derivan allí del segundo de los viajes. Es curioso, por ejemplo, que el ancón de San Andrés, aparezca, no en la cabeza del golfo, sino como una especie de bahía en la costa norte de Sonora. La boca del río Colorado, al norte, está erróneamente situada en 32° 30' de latitud norte [en vez de la correcta 31° 44']. Tal vez el recuerdo de las dificultades experimentadas al entrar por el río, llevaron a Domingo del Castillo a exagerar la delineación del mismo. Dibuja así una especie de brazo de mar bastante largo que llega hasta 36° 30' y recibe el nombre de “Brazo de Miraflores”. Al río propiamente dicho le adjudica el nombre que se registra en la *Relación* citada, de “río

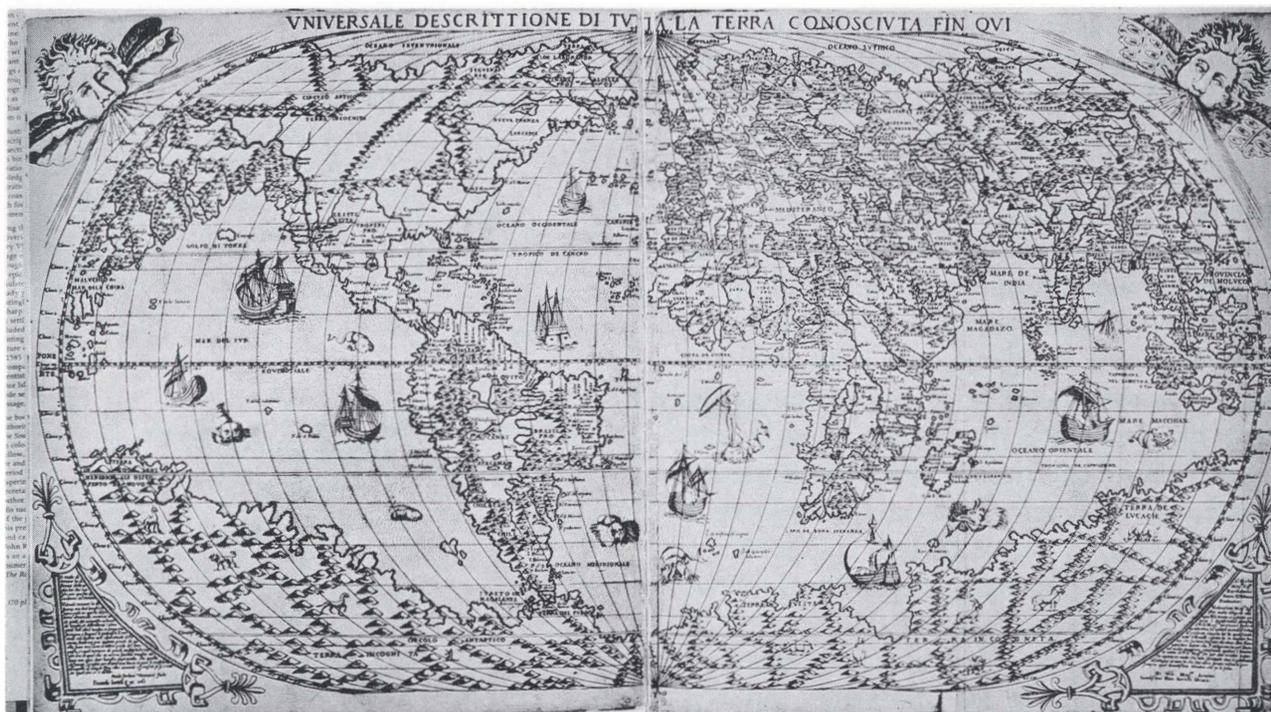
de la Buena Guía”, evocando precisamente el lema del virrey Mendoza.

De los varios mapas en que se tomó en cuenta el testimonio de la *Relación* del viaje de Alarcón, citaré aquí al menos algunos principales. En ellos está patente el interés de los cartógrafos europeos por dar a conocer lo que podía saberse respecto del noroeste del Nuevo Mundo. Aunque nada en firme cabía sostener respecto de si América estaba unida o no con el Asia, ni siquiera acerca de la distancia en que se hallaba Cipango, al menos lo aportado por las expediciones de Cortés y la enviada por Mendoza, parecían revelar ya algo de lo hasta entonces oculto. En primer lugar menciono un mapamundi preparado por el cartógrafo portugués Lopo Homem, en 1554, en Lisboa. Entre los topónimos que denotan derivarse de la relación de la expedición de Alarcón están los siguientes, de sur a norte, en el interior del mar de Cortés: Santiago (nombre dado ya a la isla de Cerralvo por el mismo don Hernando); I[sla] de Perlas (dado también por Cortés a la isla del Espíritu Santo); pa. [punta] de bulbena (¿ballenas?); arenales; laguna de Sta. Catalina; b[ahía] de S. Abad; Baxos. Otros mapas, debidos a parientes de Homen, mantuvieron parecida información sobre California.

También en un mapa general del mundo, debido en este caso a un español, Bartolomé Olives (¿Olivas?), que tenía su taller, primero en Nápoles y después en Marsella, reaparecen, complementándose, las nomenclaturas de Ulloa y Alarcón. Fechado en 1561, forma parte de un atlas.

En la cartografía que se produjo en Europa entre los años 1542 —cuando aparecieron los mapas de Agnese y Santa Cruz, los primeros en que se delinea a California— y 1556, cuando se han publicado ya las obras de López de Gómara (su *Historia de la Conquista de México* y su *Historia de las Indias*), así como la colección documental de Ramusio (1556), tres son las principales innovaciones que se fueron introduciendo. La primera es la de delinear a California como península con datos derivados de los viajes de Ulloa y luego también de Alarcón; la segunda, tomar en cuenta noticias procedentes de la expedición de Vázquez de Coronado en busca de las “siete ciudades” y, la tercera, dar entrada a la información debida al viaje de Juan Rodríguez Cabrillo hasta más allá del parale-

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 426.



**Figura 28.** El mapamundi de Giacomo Gastaldi, grabado en cobre, 1546. En él la península aparece, en su extremo norte, separada por un gran río del macizo continental americano. En la margen izquierda del mismo se sitúan las “Siete ciudades”. Aproximadamente en 38° las costas americanas del Pacífico se continúan encurvándose hacia el poniente y denotando plena unión terrestre con el Asia. Uno de los afluentes del gran río que desemboca en el golfo de California nace, según esto, en el Asia. Las costas californianas y las del Asia dan lugar a un gran “golfo de Tonza”. En medio del mismo está la isla de Cipango (Japón). Esta concepción de Gastaldi de postular la continuidad de América y Asia habría de perdurar por bastantes años e influir en las producciones de otros cartógrafos.

lo 42°. De hecho, aun antes de que se hiciera el registro cartográfico de datos derivados de esta última expedición, las noticias acerca de las siete ciudades (Cíbola, Quivira, Tiguex . . .), arbitrariamente cambiadas con frecuencia de lugar, se representan plásticamente en mapas, sobre todo del ya citado Agnese (1543, 1544, 1545) y de Giacomo Gastaldi (1546, 1548). De la nueva cartografía, que tomará ya en cuenta lo aportado por Cabrillo, trataré más adelante.

### *El virrey Mendoza prepara nuevas exploraciones*

Una vez que Alarcón y Vázquez de Coronado, ya de regreso, pudieron informar al virrey, éste lejos estuvo de quedar satisfecho ante el que le pareció poco éxito de ambas expediciones por mar y tierra. Otro personaje entró entonces en escena, el bien conocido Pedro de Alvarado. Después de pasar algún tiempo en España, tenía él celebradas asimismo capitulaciones para descubrir, como Cortés, en la mar del Sur, desde luego con las restricciones del caso, es decir, sobre todo la de

no invadir jurisdicciones ajenas. Como era de esperarse, tales capitulaciones, de fecha 16 de abril de 1538, habrían de acrecentar las rivalidades entre Alvarado y Cortés.

Actuando como gobernador en Guatemala, Alvarado comenzó a construir entonces varios navíos para poner en ejecución sus proyectos. Al cabo de un tiempo, con doce embarcaciones y cerca de ochocientos hombres, zarpó Alvarado del puerto de Acapulco y luego a Santiago, o sea Manzanillo. Su propósito era entrevistarse con el virrey Mendoza que había enviado ya las dos expediciones de Alarcón y Coronado. La reunión tuvo lugar en Tiripitío, Michoacán, a fines de noviembre del mismo año. Puestos de acuerdo en cuanto a dividirse las ganancias que pudiera lograr Alvarado, Mendoza dio su aprobación a que éste emprendiera descubrimientos.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Sobre lo convenido por el virrey Mendoza y Pedro de Alvarado en Tiripitío, Michoacán, véase: Ciriaco Pérez Bustamante, *Don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España (1535-1550)*, Santiago [de Compostela], Tipografía de El Eco Franciscano, 1928, p. 62-65.

Fundamentalmente interesaba encontrar la mejor ruta por el occidente a la Especiería, así como explorar todas las otras islas de las que se tenía noticia, sin excluir, por supuesto, la demarcación de los litorales del noroeste del Nuevo Mundo.

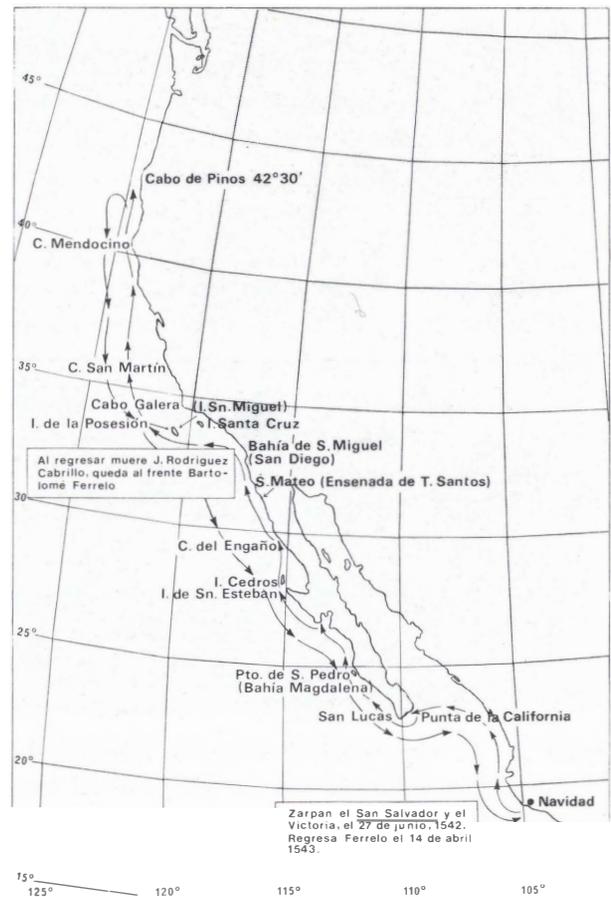
Para desgracia de Alvarado, había estallado por ese tiempo una seria rebelión en territorio de la Nueva Galicia. El virrey en persona, auxiliado incluso por indígenas traídos del centro de México, quiso sofocarla. Cristóbal de Oñate, que fungía como gobernador, solicitó entonces la ayuda de Alvarado que estaba ya presto para hacerse a la vela. Dejando sus navíos, se dirigió a Guadalajara, que se veía amenazada por los sublevados. De allí pasó a Nochistlán, donde se hallaba el enemigo. Tras atacar en dos ocasiones el bastión de los indígenas, en Nochistlán, Alvarado y sus hombres se vieron acometidos y obligados a emprender la retirada. Acosados por los indígenas, descendían precipitadamente por una estrecha cuesta, cuando el caballo que traía un subalterno de Alvarado se despeñó y, cayendo con fuerza sobre el capitán, lo arrastró cuesta abajo. Malherido quedó el hombre al que los mexicanos habían apodado *Tonatiuh*, “el Sol”. Sólo unos pocos días sobrevivió Alvarado, que había sido llevado a Guadalajara. Su muerte ocurrió allí el 4 de julio de 1541.

Este suceso alteró obviamente de raíz el proyecto en el que el virrey era parte. Dispuso entonces éste valerse de los navíos de Alvarado, encomendando la empresa al capitán Juan Rodríguez Cabrillo, que había participado en la conquista de Guatemala y había venido en la flota de Alvarado.

#### *La expedición de Rodríguez Cabrillo (1542-1543)*

Se inclina Henry Wagner a pensar que, antes del viaje de Cabrillo, había enviado Mendoza hacia el noroeste a un Juan Bolaños a bordo del navío *San Gabriel*.<sup>9</sup> En apoyo de tal afirmación aduce el testimonio de Juan Fernández Ladrillero, dado ante la Audiencia de Guadalajara, mucho después, en 1547. Sostuvo entonces dicho individuo haber participado en tal viaje que, según, él, llegó hasta aproximadamente la altura de la isla de Ce-

<sup>9</sup> Henry R. Wagner, *Cartography of the Northwest Coast of America to the Year 1800*, op. cit., t. I, p. 41.



**Figura 29.** Derrotero de la expedición de Juan Rodríguez Cabrillo, enviada por el virrey Mendoza, 1542-1543.

dros. Por mi parte dejaré a un lado esta hipotética salida, desconfiando del testimonio de Fernández Ladrillero que dijo asimismo tener noticias acerca de embarcaciones “inglesas o francesas” que habían atravesado el supuesto estrecho del norte, desde la Tierra de los Bacalaos (Terranova) hasta el Pacífico.

Importa, en cambio, recordar aquí al menos otra expedición, despachada también por don Antonio de Mendoza, empleando para ello seis navíos de la armada de Alvarado. El destino de este viaje eran las llamadas “islas del Poniente”, es decir las situadas ya en Asia, en busca, una vez más, de una buena ruta oceánica para llegar a la Especiería por el occidente. La expedición se puso al mando de Ruy López de Villalobos. Aunque la salida de esta armada se demoró un poco y en realidad fue unos meses posterior a la de Cabrillo (este último zarparía en junio y Villalobos en noviembre de 1542), puede decirse que ambos viajes fueron concebidos por Mendoza a la luz de su proyecto de exploración en el océano o mar del Sur. No

correspondiendo al tema que aquí nos ocupa seguir las peripecias de la navegación de Villalobos, añadiré sólo que, zarpando del puerto de la Navidad, pasó cerca de las Revillagigedo y de allí, tras tocar diversos grupos de pequeñas islas, llegó al archipiélago que, en honor del príncipe Felipe (el futuro Felipe II), fue bautizado como “de las islas Filipinas”. Desafortunadamente este descubrimiento no se vio seguido sino por una suma de desgracias. Hubo enfrentamientos con indígenas y asimismo con portugueses que consideraban que los españoles estaban invadiendo su jurisdicción de acuerdo con el Tratado de Tordesillas. Villalobos murió en la isla de Ambón, en 1546. Los sobrevivientes de este viaje, muy diezmados, no pudieron regresar a tierras mexicanas. Recogidos por una embarcación portuguesa, llegaron al fin a España por la vía de Lisboa. A otros estaba reservada la conquista de las Filipinas y el retorno o “tornaviaje” desde Manila al puerto de Acapulco.

Volviendo ahora la atención al viaje de Rodríguez Cabrillo, cabe repetir que se inició éste en junio de 1542. Dos navíos de los que pertenecían a Alvarado, se habían avituallado con este fin en el puerto de la Navidad, en Jalisco, el *San Salvador* y la *Victoria*. A través de la relación que de este viaje se conserva, puede seguirse el derrotero, desde el puerto de la Navidad, a la punta sur de California y luego, a lo largo del litoral del Pacífico, hasta cerca del paralelo 42°. <sup>10</sup> Los navíos estuvieron de regreso el 14 de abril de 1543. Por vez primera las costas de la Alta California hasta el cabo Mendocino, al igual que muchas islas adyacentes, fueron entonces avistadas y, en algunos casos, parcialmente exploradas.

Aunque se ha atribuido dicha relación a un Juan Páez, en realidad parece difícil adjudicarle un autor determinado. Cabría pensar en Bartolomé Ferrelo, el piloto de la capitana que, al ocurrir la muerte de Cabrillo, el 3 de enero de 1543, quedó al frente de la expedición. El relato es bastante escueto y, más que nada interesa por la información que proporciona sobre los principales acci-

dentos de los litorales recorridos no ya sólo a lo largo de la península, sino también en la después llamada Alta California.

En lo que toca a la toponimia introducida por Cabrillo, notaré aquí sobre todo la que se refiere a la península: introdujo el nombre de cabo San Lucas y respetó el de punta Trinidad. En cambio, impuso los de San Pedro (a una pequeña bahía, según él en 25° 30') y luego el de la Magdalena, a una bahía que no es la que tiene tal nombre ahora. Otra entrada o puerto, veintitrés leguas al norte, recibió el nombre de Santiago. Tres puertos más nombró, antes de alcanzar la isla de Cedros: puerto de Santa Ana, puerto Fondo y de San Pedro ad Víncula. Otra isla, más pequeña, fue llamada de San Esteban, cerca de Cedros (la actual isla de Navidad). Según esta relación de allí pasaron, y en 30° localizaron el puerto de Santa Clara (Bahía de Playa María, en realidad en 28° 55'). Dado que la toponimia registrada por Ulloa no llega ya a tal latitud, interrumpo aquí el registro de nombres, puesto que se entenderá que, en la cartografía universal, inspirada en este relato del viaje de Cabrillo, toda la nomenclatura más al norte se deriva del mismo o, en algunos casos, es fruto de la imaginación de los que confeccionaron dichos mapas. He aquí algunos pasajes particularmente interesantes de este testimonio.

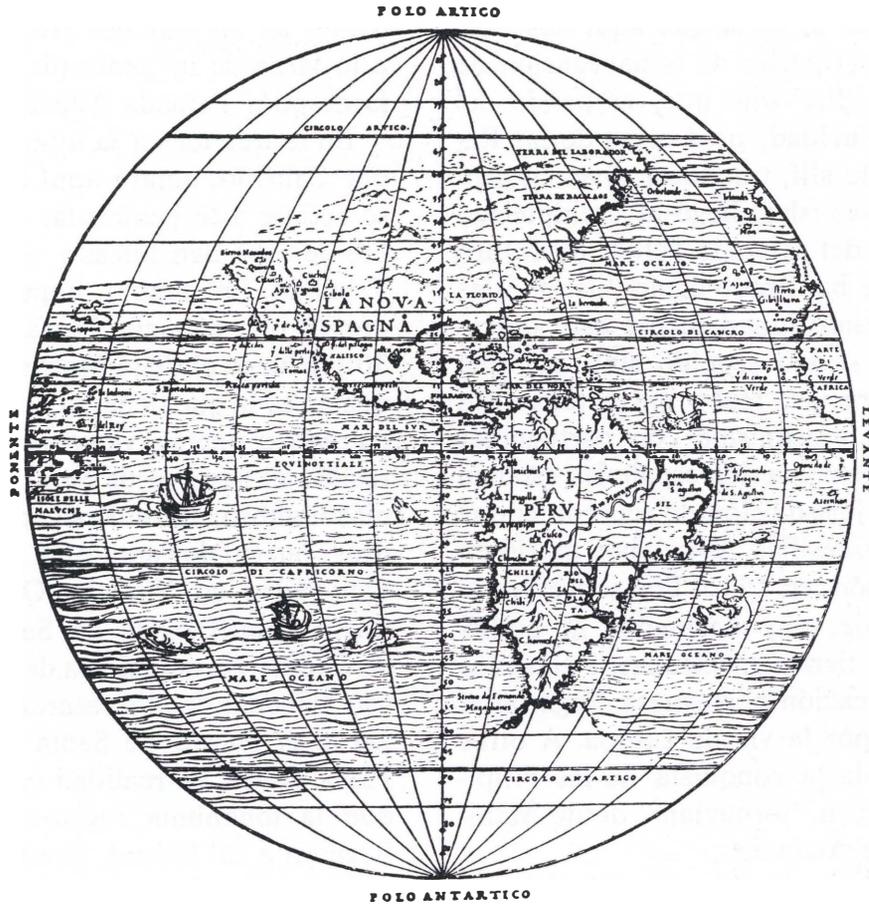
Partió Juan Rodríguez del puerto de Navidad para descubrir la costa de la Nueva España, a 27 de junio de 1542. Tardó desde el puerto de Navidad hasta cabo de Corrientes un día e una noche, 40 leguas con viento sueste.

Desde el miércoles hasta el jueves siguiente anduvieron su derrota a luengo de la costa 35 leguas.

Domingo, a 2 días de julio, tuvieron vista de la California. Tardaron en atravesar por amor de los tiempos, que no fueron muy favorables, casi cuatro días. Surgieron el lunes siguiente, a 3, de dicho mes en la punta de California, e ahí estuvieron dos días, e de ahí fueron al puerto de San Lucas el jueves siguiente e tomaron agua, no vieron estos días indio ninguno; dicen que está este puerto en 23 grados y es, desde la punta al puerto, limpio e fondable y en tierras peladas y dobladas.

Partieron del puerto de San Lucas el jueves a la noche, y el sábado siguiente a 8 del dicho mes surgieron en la punta de la Trinidad que está en 25°; había de San Lucas 5 leguas, es costa limpia sin recuestas ningunas; dentro en la tierra parecen sierras altas e peladas e dobladas; estuvieron surtos aquí por ser los tiempos contra-

<sup>10</sup> “Viaje por las costas de las Californias de Juan Rodríguez Cabrillo, 1542”, en *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, textos revisados, confrontados e interpretados por Luis Cebreiro Blanco, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1943, t. I, p. 27-42.



**Figura 30.** Mapa del Nuevo Mundo incluido en el tercer volumen de la obra de Giovanni Battista Ramusio, *Navigazioni et viaggi*, Venezia, 1556. Delineado en forma de esfera, se representan en él los litorales del Pacífico hasta cerca de los 40°, lo que muestra que se tomaron en cuenta las noticias de la expedición de Rodríguez Cabrillo. California aparece como península, aunque el golfo de la misma no empieza sino hasta arriba del trópico de Cáncer. En esa latitud sitúa Ramusio a la isla de Cedros. En el extremo norte del golfo se marca la desembocadura de un gran río. En sus inmediaciones están señaladas, en una margen y otra del mismo, varias de las famosas siete ciudades. Al poniente de California, y no muy lejos de ella, aparece la isla de Giapán (Japón).

rios de oesnorueste hasta el miércoles siguientes . . .<sup>11</sup>

En su avance al norte, llegaron al que se conoce como “archipiélago del Poniente”, separado de Alta California por el canal de Santa Bárbara. Cabrillo, tanto de ida como de regreso, dispuso permanecer en la que hoy se conoce como isla de San Miguel:

Estando invernando en esta isla de la Posesión, a tres días del mes de enero de 1543, falleció desta presente vida Juan Rodríguez Cabrillo, capitán de los dichos navíos, de una caída que dio en la dicha isla al tiempo que la otra vez estuvieron en ella [es decir, cuando iban con rumbo al norte], de que se quebró un brazo por junto al hombro; dejó por Capitán al Piloto mayor que

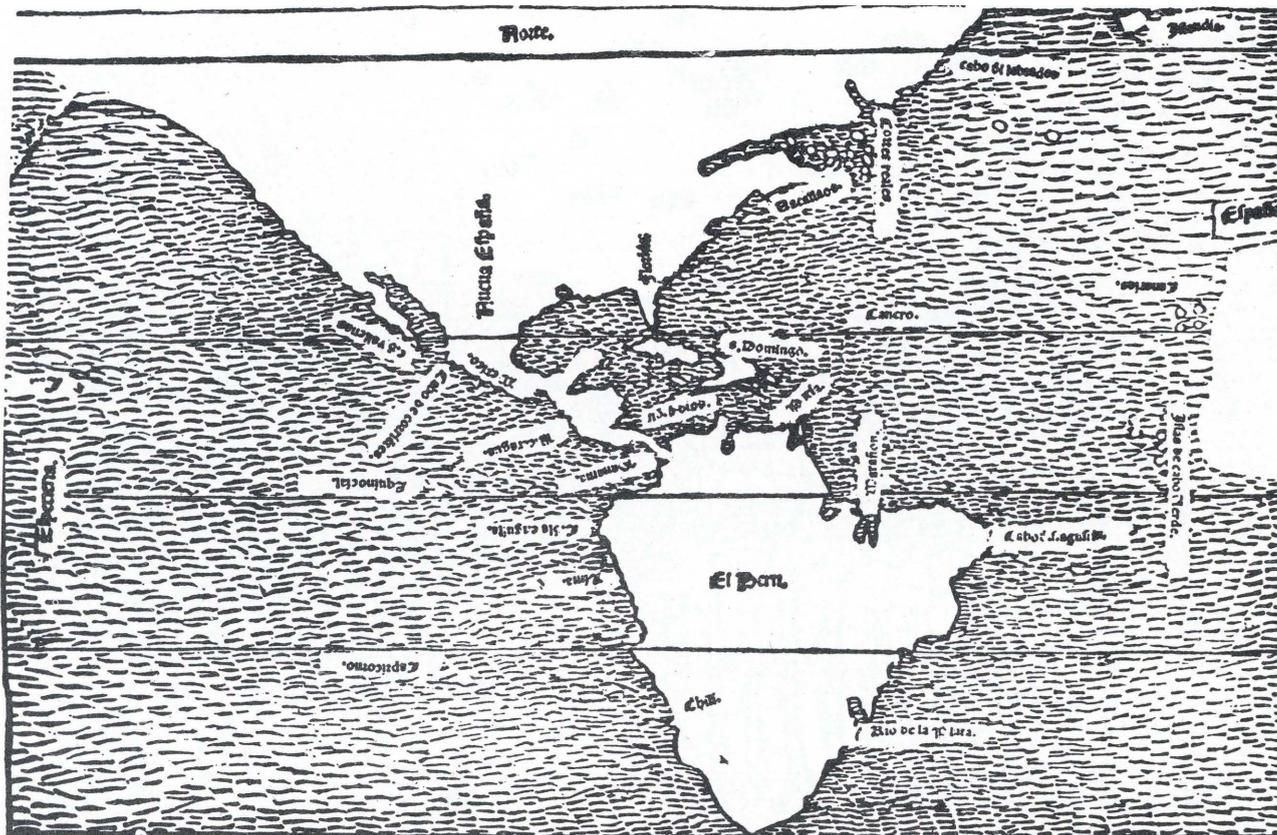
<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 29.

era un Bartolomé Ferrelo, natural de Lavantisco [del Levante de España] y le encargó mucho al tiempo de su muerte que no dejasen de descubrir cuanto les fuese posible por toda aquella costa; pusieron nombre a la isla, la isla de Juan Rodríguez; llaman los indios a esta isla Ciquimuesmu . . .<sup>12</sup>

#### *Cartografía en la que se reflejan las noticias del viaje de Cabrillo*

Aunque no se conserva mapa alguno en el que se dé cuenta de esta expedición, es de suponerse que lo hubo y pasó a la Casa de Contratación en Sevilla. Indicios claros de que, además de uno o varios mapas, habían llegado también a España noticias

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 39.



**Figura 31.** Mapa del Nuevo Mundo incluido al principio de la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara, Zaragoza, 1552. Respecto de él —en el reverso de la misma página—, escribió López de Gómara: “Ve la traza de las Indias en tan pequeño punto porque quepa en una hoja de papel. Y por ser tan pequeña no se ponen grados ni escala ni cosas para medirla...” En esta representación aparece bien delineada California. El litoral del Pacífico norte se continúa hacia el noroeste —como lo había mostrado Rodríguez Cabrillo— pero abarcando aquí una longitud geográfica desmesurada.

del viaje de Cabrillo, los tenemos en el hecho de que Francisco López de Gómara haya dedicado una parte del capítulo CCXII de su *Historia de las Indias* (1552) precisamente a “lo que descubrieron capitanes y pilotos del virrey don Antonio el año [15]42 y aún dicen algunos que corrieron la costa hasta poner en cuarente y cinco grados, y muchos piensan que por allí se junta la tierra con la China...”.<sup>13</sup> Otro hecho que corrobora esta pronta difusión de noticias relativas a la expedición de Cabrillo, lo tenemos en el mapa incluido en *Navigazioni e Viaggi* de Ramusio (1556) en el que se mira ya el perfil de la Alta California. El interés por estos y otros descubrimientos se avivó también en Inglaterra con las obras (que incluyen asimismo mapas) de Richard Eden, *Decades of the New World* (1555), y Richard Hakluyt, *Divers Voyages Touching the Discoverie of America and the Islands Adjacent unto the Same* (1582).

<sup>13</sup> López de Gómara, *Historia general de las Indias*, 2 v., Madrid, Espasa-Calpe, 1941, t. II, p. 231-232.

Además del mapa de Ramusio, incluye López de Gómara otro del Nuevo Mundo, también esquemático, al principio de su *Historia de las Indias*. En él se delinea asimismo el perfil de la península de California con bastante precisión (con sólo un topónimo: “c.b. Vallenas”) y se continúa luego la costa hacia el norte hasta llegar casi al círculo ártico, aunque con una muy exagerada declinación hacia el oeste. Dato curioso es lo que, a propósito de este su mapa, notó allí Gómara:

Ve la traza de las Indias [el Nuevo Mundo] en tan pequeño punto, porque quepa en una hoja de papel, y por ser tan pequeña, no se ponen grados ni escala ni compás para medirla. Por la línea equinoccial y trópicos se conocen todas las alturas [latitudes]...

Una carta, anterior a las dos mencionadas, de Ramusio y Gómara, es el mapamundi de Pedro de Medina en el que la península californiana aparece bastante bien representada y se insinúa la prolongación de su costa occidental hacia el norte. Este mapa forma



fornias, la atención iba a distraerse con la conquista de las islas Filipinas, pero los viajes de retorno de las naos de Manila y el temor a los piratas avivarían de nuevo el interés por esclarecer lo que pudiera haber al noroeste de la Nueva España.

*La conquista de las Filipinas y el descubrimiento de la ruta del “tornaviaje”*

El archipiélago de las Filipinas fue explorado, según vimos, por Ruy López de Villalobos en el viaje que, en noviembre de 1542, despachó el virrey Mendoza desde el puerto de la Navidad en Jalisco. Corresponde al segundo virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco, preparar otra expedición con rumbo a dichas islas, con el fin de someter a sus habitantes e incorporarlos a la corona española. Al frente de la expedición fue Miguel López de Legazpi. Entre sus acompañantes estaba Andrés de Urdaneta, convertido en fraile agustino, de gran reputación por su habilidad como piloto y navegante que había acompañado a Loaysa.

La armada zarpó del puerto de Navidad en noviembre de 1564. Llegados a su destino, Legazpi y sus hombres, en febrero del año siguiente, consumaron su objetivo: la conquista de las Filipinas. Surgió entonces la necesidad de enviar noticias y mercaderías a la Nueva España. El no realizado antes viaje de regreso (ni Saavedra ni Villalobos o su gente pudieron llevarlo a cabo), se confió a fray Andrés de Urdaneta.

El experimentado vasco, asistido por el piloto Esteban Rodríguez, zarpó de Manila a bordo del *San Pablo*, el 1o. de junio de 1565. A Urdaneta se atribuye haber encontrado la ruta que hizo posible el que se llamó “tornaviaje”. Subiendo hacia Japón, se benefició luego con la corriente de Kuro-Sivo, así como con los vientos favorables y atravesó el Pacífico, llegando hasta casi los 40° de latitud Norte desde donde inició su ruta al Sur. El martes 18 de septiembre, es decir más de tres meses y medio desde su salida de Manila, avistó, en 34° una isla californiana, probablemente San Miguel o Santa Catalina. A continuación entresaco algunos párrafos del “Derrotero” del piloto segundo, Rodrigo de Espinosa:

Martes, 18 de dicho septiembre, a las 7 de la mañana, estando asentado en la silla, yo el dicho

piloto, vi tierra por la banda de estribor, porque íbamos amurados de la banda de babor, y luego mandé cazar a popa. Las señas que tiene esta isla son las siguientes: es una isla que esta nornordeste susudueste, y en el medio de ella es alta, y de la una parte y de la otra le caen dos puntas delgadas; y de la parte del noroeste de ella, como a legua y media, echa una piedra que parece fuera del agua. A esta isla le puse La Deseada. Está en altura de 33 grados y tres cuartos, y estaría cuando la ví, de ella como cinco leguas, y así fuimos gobernando al sur cuarta al sueste, y este día tomé el sol en 33 grados y un cuarto, y por el tanto digo que la tierra que vi estará en altura de 33 grados y tres cuartos. Desde el lunes a mediodía hasta el martes a la hora que vide la tierra, eché de zingladura [el rumbo determinado que se da al navío], 30 leguas por el lessueste, y este día no osamos ir a descubrir la tierra a causa que había mucho viento y estaba la tierra ahumada, y así fuimos de parecer que gobernásemos al sur cuarta el sueste, por dar resguardo a la tierra, porque conforme a mi punto, que yo el dicho piloto traía, fice que era una isla que estaba en altura de 34 grados escasos, y los demás que echaban punto se hallaban en la tierra. Este día me hallé del puerto de Zubu hasta donde tenía mi punto, este propio día, 1650 leguas . . .

Jueves, eché de zingladura 36 leguas, la mitad del camino al sur y la otra al sur, cuarta del sueste; de manera que, dando el resguardo a la aguja media cuarta que nordestaba, me responde el camino todo al sur cuarta al sueste, y este día fuimos de parecer que gobernásemos al sueste porque estábamos leste ueste con isla de Cedros . . .

Miércoles, tomé el sol en 23 grados y un cuarto. Estaría de tierra tres leguas, y tenía una tierra alta a leste, y la vuelta del sueste salía una punta baja, y estaría de mí como nueve leguas, que es un tercio largo de grado, por donde me demoraba que era el sueste; de manera que, sacándolo de la altura que tomé, estaría la punta 23 grados menos un ochavo de grado. Este día anduvo la nao por leste cuarta sueste quince leguas, y de donde tenía el punto de las quince leguas fui corriendo por el sueste cuarta de leste hasta ponerse en tierra de 23 grados y un cuarto que fue el altura que tomé. Este día hallé que anduvo la nao por el leste cuarta sueste quince leguas, y de donde tenía el punto de las quince leguas fui corriendo por el sueste cuarta de leste hasta ponerse en tierra de 23 grados y un cuarto que es el altura que tomé. Este día hallé que anduvo el navío 36 leguas. Esta costa se corre noroeste sueste, y esta punta arriba dicha es el remate de la tierra de la California [Cabo San Lucas]. Está en altura de 23 grados menos un ochavo. Las señas que tiene esta costa son las siguientes: de la tierra alta va una punta de tierra baja, de cumplido de dos leguas la vuelta del sueste, que es adonde remata la dicha tierra, y sobre la punta hace un pan redondo que señala como isla, y es toda tierra



ésta al puerto mexicano. En un principio tales viajes, lejos de ser vistos con universal beneplácito, provocaron algunas oposiciones, en especial por parte de comerciantes de España que temieron llegaran a afectarse sus intereses de intercambio con el Nuevo Mundo.

*Búsqueda del estrecho de Anián e intentos de demarcación del litoral californiano*

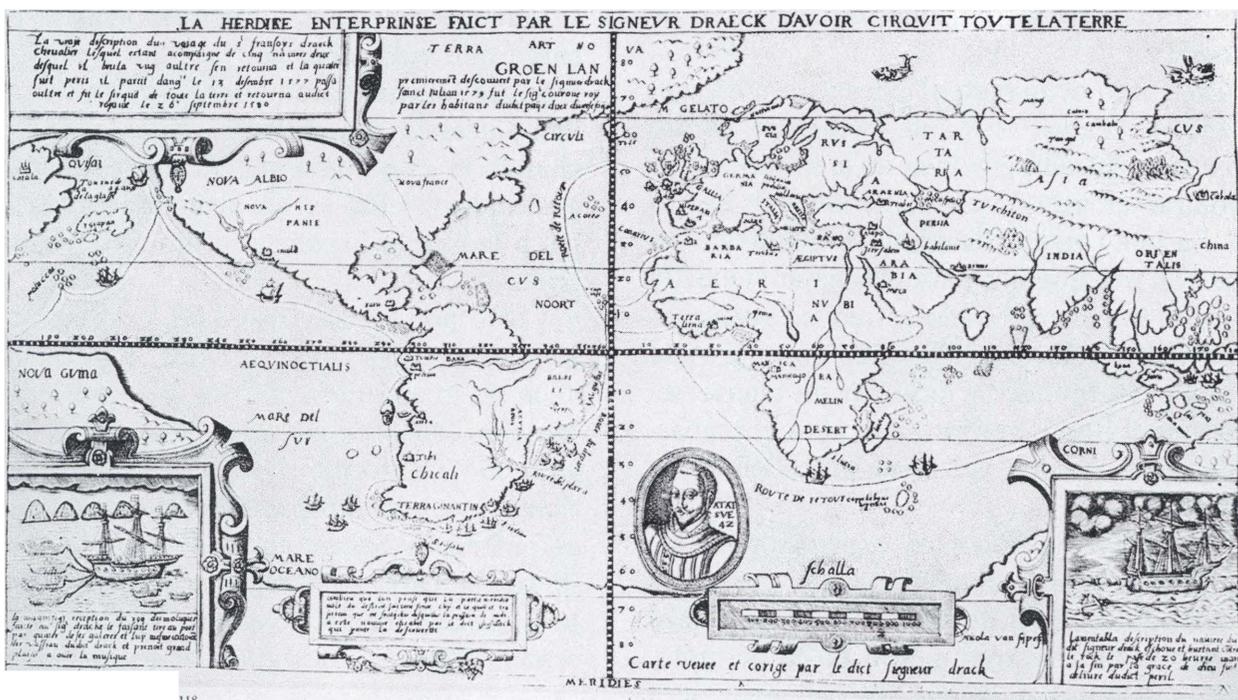
Correspondió al virrey Martín Enríquez encargar en 1572 al capitán Juan de la Isla —experto en la navegación a Filipinas— que en su próximo regreso de ellas reconociera las costas de China hasta alcanzar los 50° o 60° N. y, desde allí, se dirigiera al encuentro del litoral más septentrional de la Nueva España. El virrey, que en esto atendía en realidad a una propuesta formulada por el propio De la Isla, manifestaba que debía tomarse en cuenta que las costas de California habían sido descubiertas ya hasta el paralelo 41° N., aludiendo así al viaje de Cabrillo en 1542.

Si bien el propuesto viaje de reconocimiento no se llevó a cabo, pronto se presentaron otros hechos que acicatearon de nuevo el in-

terés por aclarar el enigma de las costas noroccidentales. Por una parte, no se habían olvidado los rumores —propalados varias veces por algunos marineros y luego reforzados por varios mapas que tuvieron gran difusión— sobre la existencia de un estrecho septentrional que comunicaba el Atlántico con el Pacífico. Tal estrecho, cuya búsqueda, según vimos, preocupó entre otros al mismo Hernán Cortés, se designaba con el nombre de “Anián”. Era éste probablemente una corrupción del topónimo Ania que, según Marco Polo, se aplicaba a un gran mar al este de la India.

Siendo aún Martín Enríquez autoridad suprema en la Nueva España, se tuvo noticia del viaje de Francis Drake. Cuando éste atacó el puerto de Guatulco en las costas de Oaxaca en 1579, quedó allí un piloto portugués, Nuño de Silva, que venía con Drake. A través de dicho piloto se supo que Drake decía que pensaba regresar a Inglaterra cruzando el estrecho de Anián.

Lo que en realidad hizo el corsario inglés fue proseguir su navegación, a bordo siempre del *Golden Hind*, hasta llegar casi a los 46° de latitud norte. De allí descendió hacia el sur, empujado por los vientos, y fue costeanando el litoral de la Alta California. El 17



**Figura 34.** Mapa de circunnavegacion de sir Francis Drake, grabado hacia 1583, es decir unos tres años después de su regreso a Inglaterra en 1580. En lo que a California se refiere, aparece, al norte, la leyenda Nova Albio. La efigie de Drake se ve en el centro con la anotación aetatis suae 42 (“de su edad, 42 años”). (Se conserva como mapa separado en la Biblioteca Británica.)

de junio de 1579 encontró una bahía, que es la que hasta hoy ostenta su nombre, cerca del puerto de San Francisco. Allí permaneció hasta el 25 de julio en que zarpó con rumbo a las Molucas. Fue durante esa breve estancia cuando Drake tomó posesión de la tierra en nombre de la reina de Inglaterra y la bautizó como la “Nueva Albión”. En las páginas que escribió el mismo Drake y que son parte de su *The World Encompassed* [El mundo circundado], expresa a este respecto, entre otras cosas, lo siguiente:

Nuestro general llamó a este país [Nueva] Albión y esto por dos razones: una por sus bancos y arrecifes blancos que se proyectan hacia el mar; otra, porque pudiera tener alguna afinidad, aun en el nombre, con nuestro país, el cual por algún tiempo así se llamó.<sup>16</sup>

Y añade poco más abajo:

Los españoles nunca tuvieron contacto, o algo así como echar pie en este país, ya que los más avanzados de sus descubrimientos alcanzaron tan sólo muchos grados al sur de este lugar.<sup>17</sup>

Como comentario a esta última afirmación bastará decir que Drake ignoraba lo que había sido la expedición, desde 1542, de Juan Rodríguez Cabrillo y asimismo los derroteros, a lo largo de las costas de Alta California, de los galeones procedentes de Manila.

En 1585, ocupando el puesto de virrey el arzobispo Pedro Moya de Contreras, se dio de nuevo entrada a la idea de la necesidad de explorar el litoral noroccidental del Pacífico. En una comunicación al rey manifestó así que ello era urgente para descubrir si existía o no el tan mencionado estrecho; averiguar cuál era la relación geográfica entre el Asia y el Nuevo Mundo, y localizar un puerto seguro en el litoral californiano para el reabastecimiento de los galeones procedentes de Filipinas.

Para llevar a cabo tal expedición se comisionó al capitán Francisco Gali, que partió de Acapulco el 25 de marzo de 1585 y llegó a Manila en casi tres meses, el 20 de junio. Allí, percatándose de que sus embarcaciones no le serían adecuadas para el reconocimien-

to que proyectaba en su viaje de regreso, se echó a cuestras la fábrica de una más capaz. En medio de tal empresa lo sorprendió la muerte.<sup>18</sup>

Correspondió entonces hacerse cargo de la expedición al capitán Pedro de Unamuno que, según se había previsto, debía suceder a Gali de ser ello necesario. Unamuno salió de Manila entrada ya la segunda mitad de 1586. De allí se dirigió a Macao. La audiencia y el gobernador de Filipinas, que sospechaban desobediencia y aun posible traición en Unamuno, lograron de los portugueses de Macao que los barcos que iban a las órdenes de dicho capitán fueran regresados a Manila. En tales circunstancias Unamuno, con el apoyo económico de un prominente franciscano, fray Martín de Loyola, adquirió una fragata y con ella, sin más planes ya de exploración, zarpó de Macao con rumbo a Acapulco el 12 de julio de 1587. En realidad Unamuno desembarcó primero en el puerto de Banderas (Jalisco), exactamente cuatro meses después. Allí informó de inmediato acerca de la presencia de piratas ingleses en aguas cercanas al extremo sur de California.

En efecto, como más tarde se supo, el corsario Thomas Cavendish estaba en espera del galeón *Santa Ana* precisamente al sureste de Cabo San Lucas. Allí, dos días más tarde, se adueñó de dicha nave y de toda la rica carga que traía consigo. Los que venían en el *Santa Ana* quedaron abandonados en Cabo San Lucas y, con grandes trabajos, aprovechando lo que pudieron del maderamen del destruido galeón, se las arreglaron para llegar a la Nueva España e informar de lo ocurrido.<sup>19</sup>

Correspondió al virrey Luis de Velasco el primero atender, una vez más, a lo que, en vista de lo sucedido con los piratas, se presentaba como asunto muy urgente en relación con California. Después de varias gestiones y con la aprobación del rey, se confió al portugués Sebastián Rodríguez Cermeño llevara a cabo —al regresar de Filipinas— la requerida misión: explorar las costas más septentrionales, averiguar lo tocante al es-

<sup>18</sup> “Relación de Francisco Gali”, en *Californiana* 1, edición preparada por W. Michael Mathes, Madrid, 1967.

<sup>19</sup> Acerca de este episodio, véase: W. Michael Mathes, *The Capture of the Santa Ana*, Los Angeles, Dawson’s Book Shop, 1969.

<sup>16</sup> Sir Francis Drake, *The World encompassed*, London, 1792, p. 97.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 98.

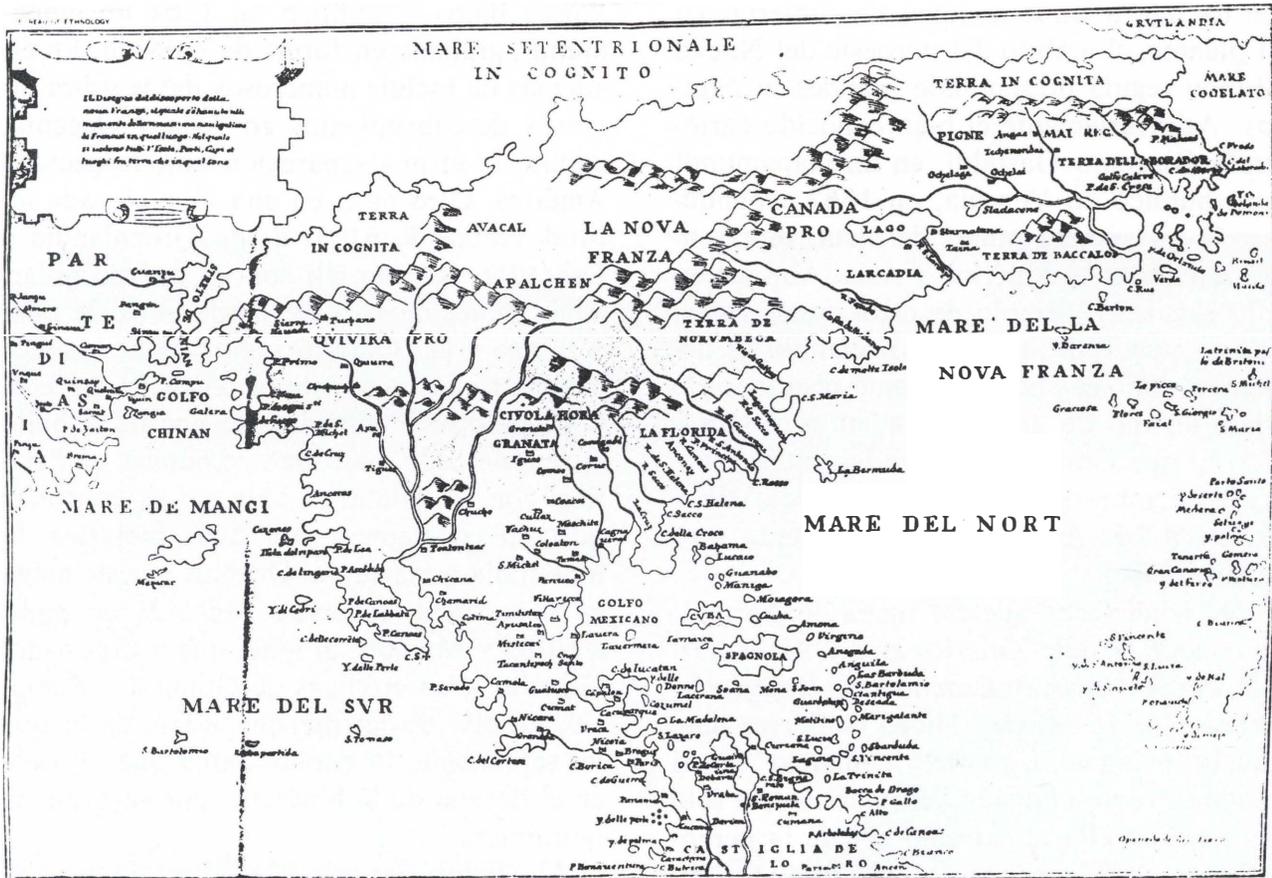


Figura 35. Mapa de Bolognino Zaltieri, grabado en Venecia, 1566. Sigue en él la nueva concepción adoptada por Gastaldi y expuesta en una publicación suya de 1562, *La Universale Descrittione del Mondo*, en la cual postula la separación, por el “estrecho de Anián”, entre América y Asia. Aun cuando correcta la separación, la introdujo Gastaldi sin apoyo experimental. En un mar designado “De Mangi” se ve a Iapan (Japón), no muy lejos de California. (Hay copias en varios repositorios, entre ellos la Biblioteca Nacional de Madrid.)

trecho y localizar un buen puerto para el auxilio de los galeones. Rodríguez Cermeño, tras viajar a Manila, se dispuso a mediados de 1596 a cumplir con su encargo. Para ello sólo pudo disponer de un pequeño navío, de escasas 200 toneladas, el *San Agustín*.

Su viaje de regreso tampoco fue afortunado. Habiendo alcanzado las costas de California en 42° N., tras desembarcar en el lugar que nombraban cabo Mendocino, un fuerte viento sacó del mar su navío haciéndolo pedazos. Rodríguez Cermeño con unos cuantos alcanzó a armar una pequeña embarcación, con la que, casi por milagro, desembarcó en Chacala. En los informes rendidos en Guadalajara, y luego en la ciudad de México, hubo de reconocerse que, una vez más, el fracaso había acompañado a tal expedición.<sup>20</sup> Anticipándonos al curso de esta historia, cabe recordar que, precisamente unos pocos meses después del arribo de Ro-

dríguez Cermeño, iban a iniciarse los viajes de Sebastián Vizcaíno que, aunque tampoco lograron todo lo que se buscaba, habrían de proporcionar muy valiosa información respecto del litoral noroccidental.

#### Lo representado en la cartografía de la época

Respecto de lo que ocurría a lo largo de la segunda mitad del XVI, importa tomar conciencia de que, mientras las exploraciones al noroeste de América prácticamente habían sido nulas, la cartografía universal alcanzaba gran desarrollo en posesión de nuevas técnicas. A cartógrafos tan distinguidos como Gerardo Mercator, Abraham Ortelius, Fernán Vaz Dourado, Joan Martínez, Jodocus Hondius, Peter Plancius y, para no alargar más esta lista, Wilhelm J. Blaeu, se les planteaba un serio problema. En tanto que podían enriquecer sus mapas y atlas con nueva información, relativamente preci-

<sup>20</sup> Acerca del viaje de Sebastián Rodríguez Cermeño, véase Wagner, *Spanish Voyages*, op. cit., p. 154-167.

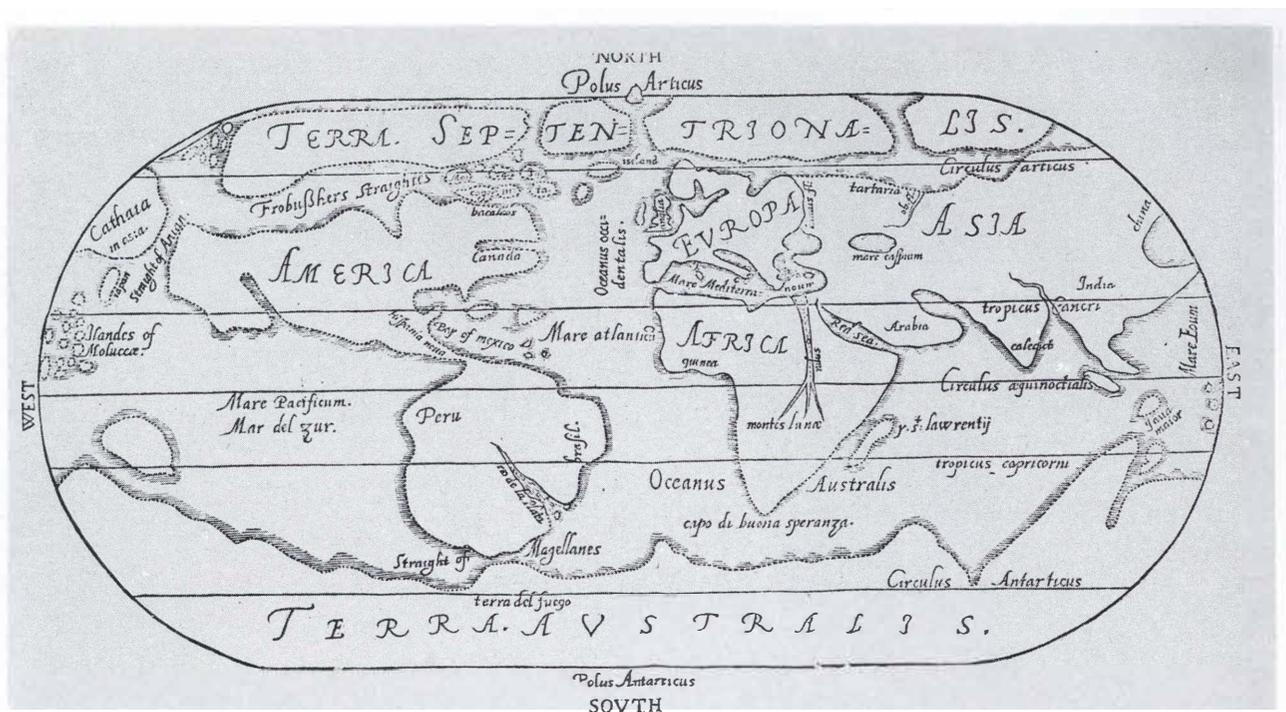
sa, tocante a otras regiones descubiertas en el planeta, el ámbito del noroeste del Nuevo Mundo seguía presentando grandes incógnitas. Arbitrariamente el bien conocido cartógrafo Giacomo Gastaldi, en un mapamundi que publicó en Venecia, en 1562, abandonando su antiguo punto de vista, representó, separadas, a América y Asia. Aunque en ello seguía el ejemplo de otros como Agnese, no puede decirse que tal cambio se debiera a noticias obtenidas como resultado de viaje alguno de exploración en esas latitudes. El que Gastaldi —como lo señala Wagner— nombrara allí al estrecho de Asia y América “de Anian” fue simplemente otra arbitrariedad.

De igual fecha que ese mapa de Gastaldi se conoce otro de *America sive Quartae Orbis Partis Nova et Exactissima Descriptio*, del cartógrafo español Diego Gutiérrez que, mucho más cauto, prefirió enmarcar de tal modo su representación de América, que sólo se viera en ella el extremo sur de la península de California con la leyenda “C. California”.

La nueva concepción geográfica de Gastaldi por su parte comenzó a tener amplia repercusión. Nada menos que Abraham Ortelius —al tiempo en que la producción de mapas inició su gran florecimiento en los

Países Bajos— publicó en 1564 un mapamundi, grabado en forma de corazón. En él, además de incluir numerosos datos sobre diversos descubrimientos en Asia y Oceanía, adoptó la misma separación con respecto a América. Otro paso en una muy elevada latitud (cerca de  $61^\circ$ ), desde Groenlandia y Labrador, conecta allí con un océano polar. Algo semejante ocurre desde el norte californiano y la “Quivira regio”, (que aparece cambiada de lugar, ahora cerca de las costas), dándose a entender que por allí se halla el tan deseado paso que comunica al Pacífico con el Atlántico. Curioso es constatar que, en contraparte con estas fantasías, la toponimia que registra Ortelius en este mapa es la ya bien conocida y debida en parte a Ulloa y Alarcón, al igual que a Coronado, Cabrillo y las crónicas de Gómara y Ramusio. En ello es patente que, fuera de lo que ya se conocía, lo demás había que situarlo en el terreno de la hipótesis, por no decir de la quimera.

Al célebre Gerardo Mercator, el gran cartógrafo y además investigador de los nuevos hallazgos geográficos, se debió la publicación en 1559 de una *carta marina* que habría de influir considerablemente en la elaboración de muchos mapas. En ella, además de otras innovaciones, aplicaba su famosa

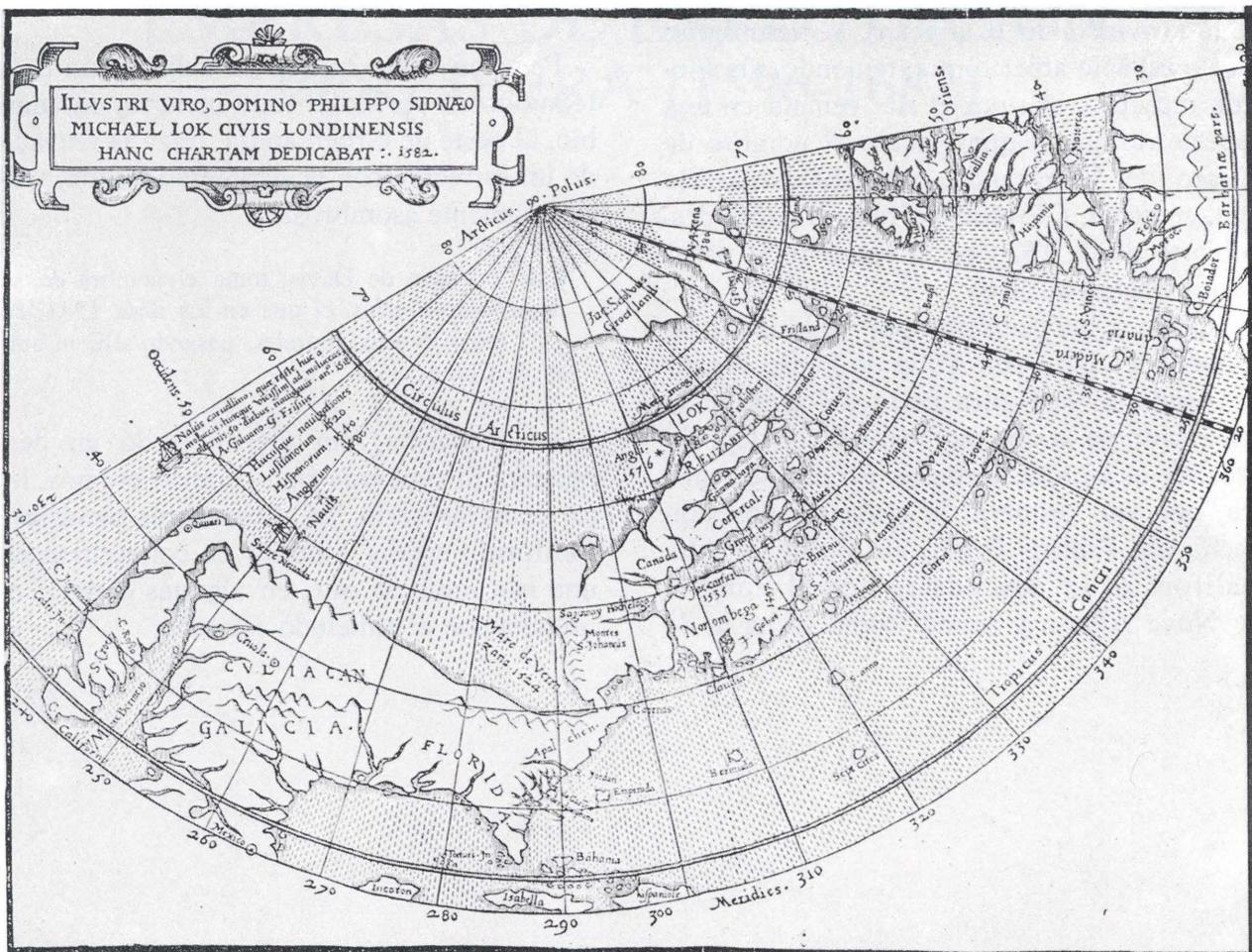


**Figura 36.** Mapamundi de sir Humphrey Gilbert publicado con su *A Discourse of a Discoverie for a New Passage to Cataia*, en 1576. California aparece próxima al deseado estrecho de Anián y asimismo cercana a la isla de Giapan. Se destacan las Insulae Molucae como fácilmente alcanzables para quienes, desde el Atlántico, sigan la ruta del estrecho.

proyección que, por cierto, distorsiona en alto grado la proporción de las áreas geográficas a medida que éstas se alejan de la línea ecuatorial. Ahora bien en lo que toca al noroeste del Nuevo Mundo, las dos novedades que introdujo fueron dar por supuesto que América estaba rodeada de mar por todas partes, con un estrecho o paso en el septentrión, y ampliar en su longitud oeste de modo desmesurado al Continente. Resultó esto último en una representación en la que, en comparación con la longitud en que aparece el extremo sur de la península californiana,

1570, 1574, 1577, 1587, 1589... Sus representaciones del gran estrecho al norte y del reino de Anián un poco más abajo, fueron asimismo inspiración de otras muchas cartas.

También a la luz del persistente empeño por encontrar el paso o estrecho del norte —partiendo de expediciones iniciadas en el Atlántico— se elaboraron por este tiempo otros varios mapas. Así sir Humphrey Gilbert publicó en 1576 un mapa con un folleto intitulado *Discurso acerca de un descubrimiento de un nuevo pasaje a Cataia*. En su



**Figura 37.** Una parte del mapa de Michael Lok, incluido en la obra de Richard Hakluyt, *Divers Voyages*, London, 1582. En el extremo superior derecho se ve una isla con el nombre de Lok; debajo se indica la entrada al paso del norte, el supuesto estrecho de Frobisher. Penetrando por allí al imaginado mar de Verrazano, se llegaba al norte de California y, de allí, al Pacífico.

na, hay en el septentrión un lugar que está a más de 55° de longitud oeste.

Una y otra de estas delineaciones, no obstante la seriedad con que trabajaba Mercator, carecían de cualquier fundamento. El prestigio de Mercator determinó que, entre otros, Ortelius incidiera en hipótesis semejantes en sus mapamundis publicados en

mapa, justamente arriba de California frente a la cual aparece una isla con el nombre de “Giapan”, se inicia el supuesto estrecho. Movido por lo que Gilbert así difundía, el capitán Martín Frobisher realizó entre 1576 y 1578 varios viajes en busca del estrecho. Penetrando por la que se conoció después como Tierra de Baffin, pretendió haber ha-

llado la entrada al estrecho. En un mapa debido probablemente a James Beare se indican los “Frobisher’s Straights” y, más al sur otro paso, tenido como falso, con el nombre de “The Mistaken Straights”.

El interés por atravesar el continente a lo largo del paso o estrecho, habría de mantenerse hasta pleno siglo XVIII. Todavía en el periodo del que aquí tratamos se publicaron otras cartas con supuesta información acerca de esto, como la de Michael Lock (1582). Incluida ésta en la obra de Richard Hakluyt sobre *Diversos viajes acerca del descubrimiento de América*, en ella, al norte y muy cerca de la península californiana y de la provincia de “Culiacán”, se ve un gran mar o espacio abierto que, teniendo a la Florida muy próxima por el sur, remata en una especie de ancón que ostenta el nombre de “Mare de Verrazano”. Se evocaba así lo que, se decía, Giovanni Verrazano había descubierto desde 1524 en el empeño de pasar de un océano al otro.

Sacada a luz asimismo por Hakluyt en su edición del *De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería, hay otra carta del continente americano en la que, con cautela, se deja sin precisar el ámbito noroeste. En ella se registra, por vez primera, la toma de posesión hecha por Francis Drake en lo que es Alta California. La leyenda indica el nombre de Nova Albión y añade, como fecha la de

1580, equivocada, ya que el desembarco de Drake tuvo lugar un año antes.

Quede al menos constancia de que, más allá de errores y fantasías, hubo, casi al cerrarse el siglo, otras voces de atención y cordura. A una sola carta me referiré: la de Jodocus Hondius, publicada en Amsterdam, en 1597. En ella, en el extremo norte del Nuevo Mundo, aparece la siguiente leyenda que traduzco del latín:

Más al norte, América es para todos desconocida; si es que en esta parte hay agua o tierra es cosa incierta. Muchos, sin embargo, por las costas circundantes conjeturan que América en esta parte septentrional está rodeada por el mar.

Pero, en tanto que en su delineación deja Hondius un perfil del todo incierto, en cambio, al oeste de Groenlandia, traza la entrada de un estrecho, con la siguiente leyenda, verdaderamente asombrosa:

Este estrecho de Davis, toma el nombre de su descubridor inglés, el que en los años 1585, 86 y 87 recorrió estos litorales, pasando allí, en busca de China.

La incógnita, por cierto, tardó en despejarse. El siguiente siglo, como veremos, lejos de esclarecerla, iba a traer otras fantasías: California estaba a punto de convertirse en una isla inmensa que, en algunas cartas, colindaba con el anhelado estrecho.